

# EL RECREO DE LAS FAMILIAS



## REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

15 de Mayo de 1872.

Núm. 26.

### ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

El escudero de Mendoza buscó á su señor que siguiendo la pista al marqués discurría por los salones. Entró en el de las meninas, y en aquel instante la suerte acababa de agradecer á Doña Inés con unos rosarios de azabache.

—Mucho tendrá que rezar la de Olmedo, dijo Mendoza á D. Luis de Sandoval, con quien acababa de tropezar en aquel momento.

—Verdaderamente; la suerte la depara lo que solo es patrimonio de las beatas ó de las monjas.

—Dispensadme que os deje D. Luis, pero veo por ahí á mi escudero que parece me vá buscando.

Los dos caballeros se separaron.

En el salon de las meninas habia producido gran efecto el regalo de la piocha de diamantes por el rey á Blanca, que casi todos menos esta habian comprendido el por qué.

—Nueva favorita vamos á tener, decia un cortesano.

—O nuevas favoritas, replicaba otro.

—Por qué, preguntaba el primero.

—Porque las dos están interesadas en...  
—Callad, que se acerca el escudero mayor.

Efectivamente, D. Luis de Sandoval, que acababa de separarse de Mendoza, se aproximó al grupo.

—Qué decis de bueno, señores.

—Muy poca cosa, D. Luis. ¿Pero llegais ahora?

—No ha mucho que entré en palacio.

—Entonces ignorareis que la rifa ó el rey han agraciado á vuestra hermana con una preciosa joya que vale lo menos seis mil ducados.

—Joyas de tanto precio, pensaba D. Luis, y para mi hermana, prometida del hijo del ministro; creo que el favor de que voy á disfrutar no tendrá igual.

—Mentecato, pensaban algunos cortesanos; todos menos tú comprendemos la verdadera significacion de esos dones.

Y se deshacian en plácemes al que juzgaban gran intermediario para alcanzar gracias reales, que abundantemente se acababan de repartir en el salon de las meninas.

VIII.

*De cómo se divertía el rey Felipe IV.*

Las dos de la madrugada eran cuando se

dió por terminada la fiesta de aquella noche. Las damas que á ella habian concurrido, tomando sus literas ó carrozas se retiraron á sus casas.

Doña Margarita y Blanca hicieron otro tanto, y media hora mas tarde se abrian las puertas del palacio Sandoval para dar entrada á las dos damas y á D. Luis que las acompañaba.

Mendoza, que en vano habia procurado encontrar al marqués, se dirigió, perdida la esperanza de verle por entonces, á la antecámara del rey para ver si podia traslucir algo dando un rato de conversacion á don Diego de Luna, con el que estaba en buenas relaciones, y el que, como hemos dicho al principio prestaba servicio aquella semana como otro de los gentiles hombres de cámara.

Al llegar Mendoza á la antecámara real la encontró desierta contra costumbre; solo el ugier de guardia le salió al encuentro.

—¿Se le ofrecia algo á vuestra señoría? preguntó el ugier.

—Absolutamente nada. No pensaba retirarme aun y venia con el intento de hacer compañía á D. Diego que, como sabes, está de servicio.

—Efectivamente es así.

—Estará en su aposento; voy á verle.

—Es inútil que vuestra señoría se moleste, D. Diego no está en su aposento.

—Que no está D. Diego has dicho?

—No señor.

—¿Pues dónde está?

—Está divirtiéndose con S. M., dijo el ugier bajando la voz y sonriendo maliciosamente.

—¿Han salido de palacio?

El ugier contestó con una ligera inclinacion de cabeza llevándose al propio tiempo el dedo índice á los labios como para recomendar silencio.

—Está bien, dijo Mendoza.

Y se retiró.

Cuando llegó al salón de guardias, su escudero Sebastian le esperaba con la capa y la espada.

Mendoza se desciñó la espada que llevaba que era una ligera y preciosa arma de corte, y colgó de su tahalí la magnífica hoja toledana que le habia sacado á salvo en mas de un lance; se puso la capa, y embozándose en ella salió del Buen Retiro seguido de su servidor.

Esta operacion, muy generalizada entre los caballeros de aquella época, tenia su razon de sér. Era arriesgado ir por las calles de Madrid á altas horas de la noche

sin llevar al costado un bien templado acero que garantizara la seguridad individual de los ataques y emboscadas que la gente de mal vivir y los rufianes acostumbraban á dar á los transeuntes que creian desprevenidos. Además, las costumbres galantes y las amorosas aventuras nocturnas, parece que prescriben la holgada capa española para recatar el rostro y encubrir la figura á la insidiosa curiosidad de los desocupados y observadores. Por eso sin duda ha quedado el llamar á aquella época tan fecunda en episodios de ese género, tiempo de capa y espada, porque ambas prendas eran los requisitos indispensables de los trasnochadores galanes de la corte de Felipe IV. Pero tomemos otra vez el hilo.

Mendoza salió del Buen Retiro, tomó hácia el Prado de Atocha para entrar en la calle del mismo nombre y dirigirse á su casa que la tenia en las inmediaciones de la plaza Mayor. Por el camino se iba diciendo:

—El rey se está divirtiendo. Quiera Dios que esas diversiones no cuesten lágrimas y sangre, que mucho me lo temo, porque ese ángel malo de D. Diego, que hoy es su confidente é inspirador, tiene el mas obstinado empeño en matar la felicidad que el porvenir brinda á mi querido amigo el marqués. Pero yo lo impediré aunque arriesgue en ello la vida.

Y seguia su camino pensativo y á paso lento.

Cuando llegó frente al palacio Sandoval volvióse y dijo á su escudero que le seguia:

—Sebastian, puedes irte á casa que yo me quedo aquí.

—Pero señor.....

—No hay que hablar, obedece.

El escudero, aunque visiblemente contrariado, echó á andar calle arriba.

Mendoza se quedó parado unos diez minutos en aquel sitio, hasta que dejó de oír el ruido de las pisadas de su escudero, y enseguida, doblando el ángulo del edificio, se entró en la calle de San Juan.

—Que al menos no haya venido el marqués á observar esta noche, pensaba Mendoza.

Y avanzaba por la calle, pegado á la pared de la derecha.

Cuando llegó enfrente de la puertecilla del jardín un bulto se destacó de ella, y situándose en medio de la calle dijo con imperiosa voz:

—¿Quién vá?

Mendoza no contestó. Aquella voz no era la del marqués.

—¿Quién vá? repitió la voz con mas imperio.

Mendoza tampoco contestó.

—Quien quiera que seais, seor paseante, retroceded en vuestro camino sino quereis tropezar con cuatro palmos de acero.

—Y que me importa á mí tu, acero, don villano, dijo Mendoza echando al aire su espada y yendo derecho hácia él, que le recibió con la suya en la mano.

Mendoza era una de las mejores espadas de la córte, y á su maestria tenia que agregarse una fuerza hercúlea, una sangre fria, sin igual, y un valor á prueba de los mayores peligros. Así fué que, sin el menor esfuerzo desarmó á su contrario, no sin haberle vapuleado algun tanto las costillas con una lluvia de cintarazos que duró algunos minutos.

—No me mateis, caballero, dijo cuando sintió la punta de la espada de Mendoza sobre su pecho.

—No temas que ensucie mi espada con tu sangre miserable; tú debes morir en la horca.

—Perdon, perdon, y cayó de rodillas.

—Levántate y sígueme; voy á entregarte á la primera ronda que encuentre.

—No hareis tal, yo os lo pido por caridad.

—Y, ¿por qué no lo he de hacer? ¿Me lo impedirias tú acaso?

—Líbreme Dios de intentarlo.

—Pues entonces ¿por qué me retaste cuando no pensaba en meterme contigo?

—Por que cumplia las órdenes que me habian dado.

—Y quien te dió esas órdenes?

—Mi señor.

—Quien es tu señor?

—Un caballero.

—Te burlas de mí, miserable, dijo Mendoza levantando la espada para sacudirle un cintarazo.

—No señor, quise decir que mi amo es personage de la córte y tiene mucho valimiento.

—Que es personage de la córte has dicho?

—Eso dije.

—Y como se llama?

—Don Diego de Luna.

—Capitan de la guardia española y gentil hombre del rey? añadió Mendoza, alegre ya por que tropezaba con un hilo de aquella trama.

—¿Le conoceis?

—No te importa. Y, ¿donde está tu amo?

—Perdonad, caballero, pero yo no puedo hablar.

—Tú quieres morir esta noche, sin duda, dijo Mendoza poniéndole otra vez la espada en el pecho.

—Perdon, pero vos que al parecer sois tambien un gran señor, sabreis cuales son las obligaciones de un escudero.

—Eres tu escudero de D. Diego?

—Sí señor.

—¿Y te llamas?

—Rolando.

—Pues bien, Rolando, si hablas ganarás veinte doblones, si callas te haré enmudecer para siempre.

Y le amenazó de nuevo con la espada.

Cuando Rolando sintió otra vez la punta de la espada de Mendoza, próxima á hundirse en su pecho, comprendió que no habia otra salvacion para él en aquel momento que cantar de plano. Así fué, que decidido á librar la pelleja á todo trance, dijo:

—No me mateis, que yo os lo revelaré todo.

—Ves hablando.

—Mi señor, que solo es mi amo provisionalmente, está acompañando al rey en este momento, que vá de aventura.

—Que D. Diego solo es tu amo provisional, y que acompaña al rey en este momento que vá de aventura! ¿á quién sirves pues tú?

—Soy el primer escudero de una hermosa dama que se llama D.<sup>a</sup> Inés de Olmedo.

Mendoza sintió una alegría inmensa. El encuentro de aquella noche facilitaba en gran manera la realizacion de sus planes.

—¿Y donde está el rey ahora?

—En ese palacio que tenemos enfrente ha entrado con D. Diego.

—¿Por donde?

—Por la puertecilla del jardin, la cual guardaba yo de orden suya.

—Y quien le ha facilitado la entrada?

—Una llave adquirida mediante la suma de cien doblones que por orden de mi amo he entregado á una doncella....

—Que se llama....

—Casilda.

—Y está al servicio....

—De D.<sup>a</sup> Margarita de Guevara.

—Perfectamente; toma los veinte doblones para que veas que nunca prometo en vano.

Los ojos de Rolando brillaron en la oscuridad como los de un gato al solo contacto de las monedas que le dió Mendoza. Este lo notó y comprendió que por aquel medio se podria sacar un gran partido.

—Ahora, sígueme.

—Imposible.

—Yo lo quiero.

—Pero señor reparad que estoy en este sitio por orden de D. Diego y que si sale y no me encuentra en él soy perdido.

—Y perdido eres tambien si no me obedeces.

—Considerad, señor, que si me obligais á que os siga no podré saber lo que D. Diego hace, que tanto al parecer os interesa conocer, y no os lo podré comunicar.

—Tiene razon, dijo para sí Mendoza.—¿Y quién me responde de que no me engañes ó me vendas?

—Mi cabeza; pues que vos sabeis quien soy yo y dónde se me pueda encontrar, y yo ignoro completamente quien seais vos.

Rolando no discurría mal. Mendoza se dejó convencer.

—Bien. Continuarás al lado de D. Diego, pero todos los dias me darás cuenta de lo que este haya hecho ó piense hacer. Por cada noticia que me comuniqués recibirás una cantidad igual á la que yo te he dado. En la hostería de *Las tres Palomas*, en la puerta de Segovia, que tu conocerás sin duda, todas las mañanas temprano te esperará un criado mio. Pregunta por Sebastian al hostelero, y cuando te diga quién es, te acercas y le dices bajo: *Misterio*, que él te contestará: *Justicia*, y con seguridad, como si fuera yo mismo puedes comunicarle cuanto sepas. Si faltas un solo dia, ó me engañas con noticias que no sean ciertas, tu muerte es segura, y de ella no te libran ni el favor de D. Diego, ni aun el poder del rey. Ya sabes como cumplo yo lo que ofrezco.

Al llegar aquí oyose ruido en la puertecilla del jardin.

—Que salen, dijo Rolando.

—Corre á tu puesto, y cuidado.

Mendoza se retiró hácia la parte mas oscura de la calle. Rolando recogió la espada que habia ido á parar veinte pasos del sitio de la lucha, y se colocó junto á la puerta, al mismo tiempo que dos embozados salian por ella.

—Ya has visto qué muger, dijo uno de ellos, ni dádivas la hablandan ni la conmueven ruegos.

—Verdad es, pero os ama.

—Qué motivo tienes para creerlo.

—Lo que acabamos de ver. Ella ha estado sin duda sosteniendo una lucha con su recato vacilante, mientras vos esperabais que bajara al jardin. Ella sabia que estabais en él, y sin embargo no ha dado cuenta de ello á quien debiera para demostrarnos de ese modo que inútilmente atenta-

bais á su pudor. ¿Quereis aun mas pruebas?

—Tienes razon.

—Retirémonos, señor, no nos sorprenda el dia fuera de palacio. Otra noche volveremos.

—Vamos.

—¡Rolando!

—Señor.

—Ha pasado álguien por aquí?

—Nadie.

—Cierra otra vez la puerta con llave y síguenos.

Los dos embozados tomaron la direccion del Buen Retiro. Al pasar por junto á Mendoza decia uno de ellos.

—Qué noche mas aburrida he pasado. Te aseguro que nunca menos que ahora se puede decir aquello de: *El rey se divierte*.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## DOS SUSPIROS.

—A dónde vuelas suspiro?

—Al mundo de la ventura.

¿Y tú?

—Yo en revuelto giro

al de la eterna amargura!

—Triste estás!

—Triste es mi ser!

—Aparta entonces de mí

que no entiendo el padecer;

—Cual la dicha no entendi!

—Vária es nuestra condicion.

—Y la mia hartito terrible!

—Me dá impulso una ilusion.

—A mi vida un imposible!

JOAQUINA BALMASEDA.

## EL ORCO.

(Por Jorge Sand. Traducido por la señorita D.<sup>a</sup> Elena Cerrada.)

Estábamos como de costumbre reunidos bajo un emparrado á la caída de la tarde. La noche se presentaba horrascosa, el aire pesado, y el cielo cubierto de negras nubes que desprendian frecuentes relámpagos. To-

dos guardábamos un silencio melancólico, podía decirse que la tristeza de la atmósfera había invadido nuestros corazones poniéndonos involuntariamente en disposición de verter lágrimas.

Beppa, sobre todo, parecía embargada por dolorosos pensamientos.

En vano el abate que nos acompañaba, asustado de la disposición de ánimo que embargaba á la sociedad, había de todas maneras ensayado á reanimar la alegría de nuestra amiga. Mas ni preguntas, ni ruegos, nada bastaba á sacarla de su abstracción. Ella, con los ojos fijos en el cielo, y con sus dedos que al azar pasaban sobre las cuerdas de una guitarra, parecía haber perdido el recuerdo de cuanto la rodeaba, mostrándose mas preocupada por alguna idea lejana, que de los acordes que producía su instrumento ó el curso caprichoso de las nubes.

El buen abate, convencido de lo inútil de sus tentativas, tomó el partido de dirigirse á mí.

—Vamos, me dijo, mi querido Zorri, prueba como quieras sobre esta bella caprichosa el poder de tu amistad. Existe entre vosotros dos una suerte de simpatía magnética mas fuerte que todos mis razonamientos, y el sonido de tu voz bastará tan solo para sacarla de sus mayores distracciones. El magnetismo de esa amistad de que me habláis, mi estimado abate, proviene de nuestros idénticos pensamientos, le digo.

Beppa y yo tenemos las mismas ideas, y sentimos iguales impresiones, así es que nos conocemos tan á fondo que siempre sabemos qué orden de ideas nos lleva á las circunstancias exteriores. ¿En este momento creéis que no adivino el objeto de su meditación? Y me volví hacia Beppa. Carísima, la digo dulcemente; ¿en cuál de nuestras hermanas piensas tú?—En la mas hermosa, en la mas altiva y en la mas desgraciada, me contestó sin detenerse.

—Como ya ha muerto, no me interesa, aunque su destino no me fué extraño; solo á la que vive en los recuerdos de esa noble amiga, deseo asociar mi llanto.

—Sí, es verdad amigo mio, ha muerto al finalizar este último invierno! la noche del baile de máscaras que se dió en el palacio de Servilio.

—¡Ella! que había resistido á todos los disgustos saliendo victoriosa de los peligros. ¡Ella! que había atravesado sin sucumbir á terribles agonías, ha muerto de repente!.... Sin dejar huella ninguna.... Como si hubiese sido arrebatada por un huracán!....

Recordais que aquí todo el mundo la conocía, pero nadie tanto como yo porque solo

se dejaba conocer segun la manera como se la amaba. Todavía hay quien no cree en su muerte porque dicen que á veces á desaparecido por largo tiempo, presentándose despues; mas yo sé que no volverá ahora, pues su misión quedó cumplida en la tierra.

No, no puedo dudar que ya no aparecerá, ni que ya no existe, pues se me ha aparecido para contarme la fatal verdad, lo mismo que quien fué la causa de su muerte. Qué desgracia fué esta. ¡Dios mio! Sí, la mayor de esta infortunada época!

¿Había una vida mas bella que la suya? tan hermosa, tan llena de contrastes, unas veces misteriosa y triste, otras brillante y llena de magnificencias, siempre entusiasta, á la vez que austera y voluptuosa; tan completa, en fin que abarcaba todas las pasiones humanas!

Nadie ni en vida ni en muerte puede asemejarse á ella que había encontrado los medios en este mundo prosaico; de imprimir en su existencia las mezquinas realidades, adoptando solo lo poético!

Recordais que fiel á las antiguas costumbres de la aristocracia nacional, una vez puesto el sol se presentaba siempre cubierto su rostro con una careta?

¿Quién en la ciudad hay que no haya encontrado, errante, ya en las plazas ó en las calles, ni quien no haya visto su góndola en algun canal, aunque tampoco nadie la há visto llegar, ni partir; góndola que aunque al parecer abandonada, nunca se oyó decir fuese objeto de tentativa de robo?

La embarcacion era bonita y pintada como todas las demás, pero se la distinguía tanto que hasta los niños al verla gritaban señalándola ¡ved ahí la góndola de la enmascarada!

Se ignoraba tambien quién la maniobraba en su marcha y el lugar adonde la conducían por la noche, para volver á la mañana sin advertirse la sombra de un patron.

ELENA CERRADA.

## LA PRIMERA PASION.

(Continuacion.)

### IV.

Las distintas impresiones que recibió Arturo en la reunion, agregadas á la profunda sensación que le hizo el relato de Ezequiel y á

otras causas desconocidas, influyeron tan notablemente en su economía, que á la mañana siguiente una intensa fiebre se habia apoderado de él, obligándole á guardar cama; por fortuna no presentaba aspecto grave, sin embargo, el estado delirante se repetia con frecuencia y en esos intervalos se le oia lanzar reproches contra la bella María: y otras veces prodigarle las mas cariñosas alabanzas y las flores mas delicadas de su culto lenguaje.

Al tercer dia se despejó por completo el enfermo. Apenas supo el tiempo en que yacia en el lecho del dolor, pidió artículos de escribir y sentándose, redactó una carta con mano temblorosa.

—Por fin, voy á salir de esta incertidumbre, dijo. Y llamó al criado para darle varias instrucciones.

Al poco rato, un muchacho llegaba á casa de María, á quien entregó un lindo ramo de parte de Arturo. Contenta de gozo iba á enseñar á su madre aquella fineza de su amigo, cuando observó que un encarnado clavel colocado en la cúspide del ramillete, habiase salido de su sitio sobresaliendo sobre las demás flores; fué á introducirlo con suma delicadeza, pero un obstáculo interno le impidió verificarlo.

—¡Un papel!, dijo con estrañeza, sacándole cuidadosamente.

—No sé qué filtro venenoso podrá encerrar, que el corazon late con vehemencia y me quemara la mano en que lo tengo.

—¿Qué es eso niña? Dice D.<sup>a</sup> Esperanza sorprendiendo á su hija.

—¡Ah! dijo María, toda azorada y ocultando la carta en un bolsillo del vestido. Es un lindo ramo que me ha regalado Arturo. ¿Ves que bonito?

—Sí, bonito es; pero nunca como los del marqués y sí, embargo jamás te ilusionaron como este.

—No, no lo creas, contestó María ruborosa.

—Escucha, hija mia: estás en la edad crítica de las pasiones, en esa edad que todo se presenta de color de rosa; no te dejes llevar de una alucinacion ni de las apariencias. Los jóvenes son perversos en estos tiempos, tienen malos instintos, la juventud es temible; hé ahí, por qué yo, que bien te quiero, no ceso de aconsejarte que mires bien á quien entregues tu corazon, y si tuvieras la ocasion de elegir entre dos maridos uno joven y el otro de mas edad, es mas prudente decidirse por este último.

Supongamos por un momento, te hicieran la corte el marqués y Arturo, y así verás

por tí misma, la verdad de mis asertos, ¿cuál es preferible entre ambos?

No necesito esforzarme para demostrártelo: Arturo comienza ahora á salir al mundo, su posicion es modesta, pues ha terminado ahora su carrera, el porvenir no te halague porque es incierto, como joven inespero su corazon está henchido de pasiones y es imposible que pueda amarte. El reverso es el marqués, hombre de cachaza y de buenas cualidades, todo lo mira con precaucion y medita bien antes de hacer una cosa, su génio es apacible y bondadoso, á más es muy rico y sus títulos ennoblecerán á la muger que se ligue á él. Medita lo que te he dicho, piensa que te lo dice la esperiencia.

Y dos lágrimas transparentes cual diamantes surcaron por las puras megillas de la niña.

—Vamos, me temia estuvieras haciendo el papel del diablo: dijo enfadado D. Nicolás á su esposa desde la puerta de su despacho.

—Es obligacion de toda buena madre aconsejar á su hija, replicó D.<sup>a</sup> Esperanza.

—Pero es pronto todavia: ya parece sino que esté en visperas de contraer enlace. Vé, María, á colocar tu ramo en el tocador y no te aflijas.

Y salió esta presurosa á dejar las flores, retirándose á su gabinete, donde pudiera con toda libertad enterarse del contenido de la carta de Arturo.

—Veamos qué es, dijo, abriéndola y leyendo:

«Encantadora María. Hace algun tiempo que me han acaecido cosas que jamas habian pasado por mi. Unos dias una fuerte calentura atacaba mis sentidos y haciame caer en una postracion asombrosa: otros, un mal estar general dominaba mi cuerpo, escitándome unas veces á la risa, otras al llanto y de este modo podia aliviar en parte el peso que gravitaba sobre mi corazon. Y así ha trascurrido un mes, que á la par que angustioso, me era agradable.»

«Y sabes tú la causa que ha motivado esto?... Una lluvia, sí, una lluvia caida á últimos de Febrero, por la que tuve necesidad de ponerme á tu presencia, esa lluvia que penetrando en lo interior de mi sér, fertilizó mi árido pecho, sembrando en él la semilla de una pasion, cuyo dueño me era desconocido.»

«Desde entonces mis ojos anhelaban encontrarle, hasta que el hado quiso demostrarme que era á tí á quien yo buscaba, poniéndome frente á tu dulce mirada que aumentó mis desvelos; era feliz. Mas no quiso el destino concluyese aquí mi padecer;

»circunstancias contrarias se han sucedido desde aquella época hasta de ahora. La duda ha ligado mil veces mi lengua, deseosa de hacerte participe de mi dicha: la indiferencia que notaba otras, en lo que era mi única alegría, ha sido la causa también de que nada te dijera; pero creo que me he olvidado un momento de tí... Muy al contrario; en los instantes aciagos, en que me entristecian mis infortunios, mi pensamiento te representaba ante mi vista, tan hermosa como eres, rejuveneciendo mi espíritu abatido. Sí, María, tú eres ese delirio que mi mente agita y que vuelve á mis labios la sonrisa. De noche al entregarme al sueño me duermo oyendo el tierno eco de mi corazón que repite tu nombre.... ¿Cómo, pues, no adorarte?.... Imposible. Sí, te amo: si has amado alguna vez, comprenderás cómo se ensancha el pecho al pronunciar esta palabra. Concluyo, pues, por no molestarte mas, pidiéndote una contestación, ya sea satisfactoria ya adversa para mí, pero que sea el verdadero eco de lo que sientas.»

«Tuyo

*Arturo.*

Marzo 1870.

Terminado que hubo la lectura, quedó pensativa María, escapándose un suspiro de su oprimido pecho.

—¿Será verdad tanta ventura? Se decía. Si me amará cual lo dice, sería yo la criatura mas dichosa en la tierra, ¿Qué le contestaré....? Lo mas prudente será consultárselo á mi prima Isabel.

Y tirando el llamador de una campanilla, ordenó que enganchasen un carruaje, y que la doncella estubiese dispuesta para acompañarla. A los pocos momentos partia para casa de su prima.

Isabel Prado era hija de una familia distinguida, jóven de veinte años, de cabellos rubios y ojos de cielo, su rostro blanco cual la nieve, es espresivo y revela mucha penetración; es de esbelta estatura y de formas redondeadas. Educada en Francia, posee perfectamente el francés, inglés y el español lo habla con una finura esquisita.

—Querida Isabel:

—Tú por aquí, María.

Y diéronse recíprocamente dos besos puros como las bocas de donde manaban.

—Isabel, vengo á que me saques de un apurado lance. Ya podrás suponer á qué me refiero.

—¿Por fin, sucedió como me lo presumí? Dijo Isabel con admiración.

—Sí, Arturo me ha escrito esta mañana

esta carta, en la que me declara su pasión. Oye atenta.

Y leyó María la carta con la misma emoción ó mas aun que la primera vez en que la leyera.

—¿Ves cuanto encanto encierran estas palabras? Son dictadas por su corazón. Arturo me ama de veras.

—Mujer, parece que le hayas estado queriendo toda la vida, dijo su prima con cachaza. Pon la mano en tu corazón y respóndeme. ¿Ya no te acuerdas de Ezequiel?

María permaneció en silencio.

—¿Nada me contestas, es decir, no te atreves á afirmar que ya no guardas ningún recuerdo de aquel que no ha mucho fué tu amante, y sin embargo estás pronta á acceder á los amores de Arturo?

—María, piensa lo que vas á hacer, no te dejes arrastrar por una nueva ilusión, y alimentando su amor, llegues algún día á causar su infelicidad con un segundo perjurio. Le aprecio como amigo y sentiría en el alma ser cómplice de su desgracia. A parte de esto ¿no podría suceder que él no te profesase tal cariño? ¿Y qué harías entonces? esponerte á otro desengaño como el que sufriste con Ezequiel.

—Es cierto, añadió María ¿Pero que voy á responderle?... ¿Rechazar su cariño? Eso nunca.

—No tanto: puedes escusarte dándole una contestación evasiva, por ejemplo por la edad, ó por tus padres, y otros medios que te surgirán si lo piensas.

—Sí, estoy determinada, así lo haré, pero al mismo tiempo mi corazón quisiera responderle; es un buen muchacho....

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

(Se continuará.)

## RECUERDO

Á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

## SONETO.

Génio sublime de la pátria mia,  
A quien Dios quiso coronar de gloria:  
Tú conquistaste el lauro de la historia,  
Vedlo cual astro brillador del día.

Tú supiste mostrar que la hidalguía  
La ostenta con honor sobre la escoria,  
Que nuestra vida triste y transitoria  
Pretende dominar fiera, sombría.

Cada palabra que tu libro encierra,  
Es un dardo que hiere la torpeza;  
Que impera con horror sobre la tierra,  
Y al ensalzar del alma la grandeza  
Hiciste ver lo noble del talento,  
Eterno como el Rey del firmamento.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Madrid.—1872.

## RECUERDOS DE GLORIA.

### V.

#### *La batalla de la Albuera.*

(Día 16 de Mayo de 1811.)

En todos tiempos han demostrado los españoles un valor y una constancia sin iguales cuando la marcha de los acontecimientos les ha obligado á empuñar las armas y llevar la solución de las cuestiones á los campos de batalla. Si esta cualidad proverbial, citada con envidia por historiadores extranjeros, ha distinguido en tal extremo á los nobles y esforzados hijos de España, debese, principalmente en nuestra historia contemporánea, á la heroica lucha que á principios de este siglo sostuvo la nación en masa defendiendo su independencia contra el ambicioso Napoleon que con tanta facilidad como rapidez habia dominado el resto de Europa.

Todos mis lectores conocerán en globo la famosa epopeya llamada guerra de la independencia, que el 2 de Mayo de 1808 surgió de los patrióticos y levantados propósitos de dos jóvenes capitanes de artillería. Los nombres de Daoíz y Velarde son el glorioso prólogo de Bailén, y de otras victorias, que, como la de la Albuera, que vamos hoy á conmemorar, constituyen nuestras mas legítimas y envidiadas glorias.

La Albuera es un lugar de Estremadura situado en la confluencia de los caminos de Andalucía, Madrid y Portugal, punto estratégico por su situación al pié de unas lomas de suave declive, entre el riachuelo de su mismo nombre, los llamados Nogales y Chiacapierna y el arroyo Valdesevilla.

El mariscal Soult, con mas de cuarenta mil hombres intentaba dominar la Estremadura. El ejército coaligado, ó sea españoles, ingleses y portugueses, al mando de los generales Castaños y Beresford, mas tarde

duque de Wellington, contrarestaban las operaciones de Soult, que creyendo vencerlos fácilmente no vacilaba en atacarles donde quiera que daba con ellos.

Mas los planes de Castaños, aceptados por Beresford, que segun convenio hecho entre ellos debia mandar en gefe el último, las operaciones que al frente de 31,000 hombres iban á emprender contra Soult. Atraído hábilmente el mariscal hasta el sitio que habian escogido para la batalla, rompióse esta al amanecer del día 16 de Mayo, y durando la pelea hasta mas de medio día con grandísimos hechos de valor llevados á cabo por todos y particularmente por los españoles, que dejaron tendidos en el campo á casi todos los famosos lanceros del Vistula, salvando á ochocientos hombres de la brigada inglesa Stewart de ser prisioneros por la caballería de Latour-Maubourg.

Soult apoyándose en su reserva de quince mil hombres de tropas escogidas, y pasando al otro lado de los arroyos pudo evitar el que todo su ejército cayese prisionero, pues Beresford y Castaños habian empezado un movimiento envolvente que les hubiera dado ese resultado. El de la batalla de la Albuera, la mas empeñada y sangrienta de cuantas se dieron aquel año, fué dejar los franceses tendidos en el campo seis mil hombres entre los que se contaban los generales Werle y Pepin; dos mil heridos, siéndolo tambien gravemente los generales Marásin, Gazan, y Bruyer. El ejército coaligado tuvo solo entre muertos y heridos 5, 300 hombres, cuya cifra se descompone así: 1360 (de ambas clases) los españoles, figurando entre los heridos el brigadier D. Carlos de España; los anglo-lusitanos 3,940; siendo del número de los muertos los generales ingleses Houghton y Myers, y heridos Stewart y Cole. Soult por no sufrir una segunda derrota, emprendió la retirada al día siguiente hacia Llerena donde aun le dió una fuerte acometida la caballería coaligada mandada por Lumley.

Sin disputa ninguna esta batalla es una de las mas brillantes páginas de nuestra historia, y aun que conseguida con el auxilio de extranjeros aliados, se debió al notable talento militar del vencedor de Bailén. Inglaterra que nos la ha envidiado ha querido atribuir toda la gloria al duque de Wellington, cuando es solo el modesto Castaños el que la merece.

F.